

Reseñas bibliográficas

GRIEGO

Eurípides, *Phoenissae*, Edidit D. J. Mastronarde, Leipzig (*Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana*) 1988, XLVIII + 138 (?) pp. Tela.

La Biblioteca Teubneriana viene publicando, desde hace bastantes años, nuevas ediciones críticas de las tragedias de Eurípides, una por una. Las cinco primeras (*Alceste*, *Cíclope*, *Heráclidas*, *Suplicantes*, *Troyanas*) no debieron llegar a *Helmantica*. De las *Bacantes* se dio cuenta en el vol. 41 (1990) 357-8. Toca ahora el turno a las *Fenicias*, una de las que cuentan con escolios, porque pertenecía a la «selección escolar» que se utilizaba en la tarda antigüedad.

Esta tragedia fue siempre especialmente apreciada. Figuraba incluso entre las tres a las que se redujo la colección de Eurípides en la baja época bizantina. Las *Fenicias* va en tercer lugar en los cuatro manuscritos principales de la llamada *selección*, es decir el grupo de diez tragedias a que alguien limitó, en época muy antigua, el «corpus» de Eurípides. Son los *antiquiores* (ss. X-XIII) y, en general, los más importantes para establecer el texto de la selección, sobre todo el *Marcianus graecus* 471. El prefacio de Mastronarde, fechado en 1985 tres años antes de la edición, es largo y denso. Un tanto complicado. Trata de todas las cuestiones pertinentes: códices, gnomologías (un crítico antiguo dijo que esta tragedia estaba «llena de muchas y hermosas sentencias»), papiros, testimonios y escolios, interpolaciones, ediciones, modo de ser de esta edición y cuestiones ortográficas. En los primeros párrafos, referentes a los códices, llama la atención el número tan elevado de familias que distingue el autor, frente a las dos consabidas.

Al prefacio sigue la reseña de las ediciones principales de las *Fenicias* (prácticamente todas) y una abundantísima bibliografía (16 páginas). Luego las siglas (atención a los numerosos papiros) y los *argumenta potiora*, ya con aparato crítico. Se entiende que, tanto aquí como tratándose del texto de la tragedia, el aparato crítico es copiosísimo. Utiliza, por así decir, todos los manuscritos, aun los muy tardíos y secundarios. Entre ellos están los seis que forman la familia que Mastronarde llama *theta*. Para conocerla, dice el prefacio, «véanse sus errores comunes». Por cierto, aquí se incluye el códice S (*Salamantinus* 31), no muy tardío, que nuestro editor describe (p. VIII) como «escrito sobre papel, copiado el año 1326 por Juan Caliandro y dotado de escolios antiguos». Desde la primera página del texto puede comprobarse la exuberancia de las notas críticas. Deja así anticuadas, al menos en muchos aspectos, las demás ediciones.

Hay un apéndice de conjeturas, que queda algo incompleto en el ejemplar llegado a nuestra revista. Porque, en vez del último cuadernillo, aparece repetido el segundo (pp. XVII-XXXII) de la introducción. Este hecho tiene para nosotros notable importancia, porque con ello han desaparecido los apéndices de que Mastronarde habla en el prefacio: estudio métrico de la tragedia, *addenda et corrigenda* referidos al repertorio de conjeturas y, en fin, índice de todos los versos sospechosos para uno u otro autor. Por lo demás, sólo elogios merece esta edición.—E. R. Panyagua.

Eurípides, *Hercules*, Edidit Kevin Hargreaves Lee, Leipzig (*Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana*) 1988, XVIII + 60 pp. Tela.

Hércules (mejor, acaso, *Heracles*) es una de las nueve tragedias de Eurípides que tenemos sólo en dos códices: el L (Laurenciano pl. gr. 32, 2) y el llamado P, un bellissimo ejemplar que, copiado, como el L, a comienzos del siglo XIV en Tesalónica, después fue escindido en dos. La primera parte es el Palatino Vaticano gr. 287 y la segunda el Laurenciano «Conventi Sopressi» 172. Es al comienzo de esta segunda parte donde se encuentra el *Heracles*.

El P tiene relación estrictísima con el L, pero se ha discutido mucho si es simplemente una copia de L (directa o indirecta), o si son gemelos (P copiado del modelo de L, que ahora suele llamarse *lambda*). K. H. Lee no duda: P está copiado *directamente* de L. Al estudio de estos códices dedica el editor la mayor parte de su breve prefacio. «Esta afinidad de los dos códices, dice al comienzo de la p. VIII, de ningún modo la niegan las lecciones, poquísimas, que en el códice P

son mejores que las de L». Son sólo siete las que de P acepta Lee en el texto. Siguen dos líneas que nos extrañan: «A mí me parece muy verosímil que estas lecciones no se deslizaran en el texto del códice P de otra fuente distinta de L, sino por casualidad o por la incuria misma del copista». En crítica textual, parece una afirmación un poco arbitraria. Tanto más si se tiene en cuenta que, para Lee, P fue copiado de L después de la primera de las tres intervenciones de Demetrio Triclinio en este último códice. Estas enmiendas, conjeturas y notas críticas de Triclinio están, naturalmente, estudiadas en el prefacio, pero brevemente, porque ya otros lo han hecho en detalle. Lo más interesante, a nuestro juicio, es su relación con P. Por cierto que luego, en el aparato crítico, Lee tiende a prescindir (creemos que demasiado) de P. Parece natural cuando su texto es claramente erróneo. «Lo mismo, dice Lee, que en las otras ocho tragedias (alfabéticas), en el texto del *Hércules* se encuentran, en P, errores que, nacidos de lecciones mal leídas en L, parecen demostrar que P se copió de un solo ejemplar». Pero no es éste siempre el caso. Da la impresión de que, para nuestro editor, P es mucho menos importante que los «apographa Parisina» o las conjeturas de filólogos modernos. ¿Lógico, dentro de su pensamiento?

Sí están muy bien valorados los dos papiros del siglo III a. de C. que contienen fragmentos del *Heracles*. El principal es el Papiro Hibeh 2, 179, mucho más extenso que el otro. Sus lecciones están cuidadosamente anotadas en el aparato crítico (vv. 136-170). Ofrece dificultades y ha sido muy discutido, particularmente en su relación (estrecha) con el texto del códice L, al que alguna vez corrige, por ejemplo, al final del verso 168, donde coincide con una conjetura hecha por Camper antes de la aparición del papiro. El Papiro de Heidelberg 205 sólo contiene restos de ocho versos (1092-1099). El texto de Lee recoge conjeturas modernas en ese pasaje, alguna también confirmada por el papiro. Sobre los testimonios de escritores antiguos (escasos) hace notar el editor que cinco o seis veces presentan lecciones preferibles a las del códice L.

Al prefacio siguen ocho páginas de compacta bibliografía. Al final del volumen, un esquema métrico de todos los versos líricos de la tragedia. Resta que, como K. H. Lee a sus amigos, colegas e instituciones que le ayudaron, nosotros le demos a él las gracias por el esmero puesto en la edición del *Hércules*.—E. R. Panyagua.

Eurípides, *Iphigenia Aulidensis*, Edidit H. C. Günther, Leipzig (*Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana*) 1988, xxii + 68 pp. Tela.

Edición crítica muy plena. El prefacio es un poco arduo de leer en su primera parte, sobre todo por las numerosas y complicadas notas.

Las últimas páginas son más fluidas. Ya se sabe que la historia del texto de Eurípides es oscura, quizá con deformaciones profundas. Pero esto se puede afirmar de especial modo tratándose de *Ifigenia en Aulide*. Cuando se dispone de los códices de la llamada primera familia o familia *omega*, los más antiguos, se goza de mayor comodidad, pero en las nueve tragedias «alfabéticas», en las que estamos reducidos al Laurenciano pl. 32, 2 y a su probable copia, el P, la dificultad de fijar un texto de confianza es mucho mayor.

Para *Ifigenia en Aulide* contamos sólo con L y P. Del primero, el Laurenciano pl. 32, 2, Günther estudia sobre todo las tres intervenciones de Demetrio Triclinio. La primera fue escrita con tinta negra *ductus* elegante. Como otros autores, nuestro editor opina que el códice P fue copiado de L después de la primera intervención de Triclinio. Günther se entretiene detalladamente en determinar los colores de las tintas que usó Triclinio. Como dice K. H. Lee en su prefacio al *Heraclides*, «distinguir las tres series es obra digna de un lince». En P, *Ifigenia en Aulide* se encuentra en la parte conservada en la Biblioteca Vaticana (Palatinus gr. 287). Günther habla del *rubricator* que, con tinta roja, anotó en este códice los nombres de los personajes y algunas iniciales o capitales. Se llamaba Juan Catrares. Para nuestro editor, debió ser este mismo *rubricator* quien copió el final de la tragedia (vv. 1570-1629), que la primera mano de P había omitido. También en L es de mano posterior. Como es sabido, este final no pertenece a la versión originaria de la *Ifigenia*, sino que es muy posterior. Günther lo cree de época bizantina última. Otros, menos radicales, lo suponen del final de la antigüedad.

Entre los pocos papiros de la *Ifigenia en Aulide*, dos son importantes. De uno, el Papiro de Leyde 510, del siglo III a. de C., diríamos que excepcionalmente importante, no por la cantidad de versos que conserve (sólo restos de 1500-1505 y de 784-792, en este orden), sino porque el segundo fragmento va acompañado de notación musical. Este testimonio de música griega clásica (dos notaciones, vocal e instrumental) era todavía desconocido de Pöhlmann, quien publicó en 1970 su exhaustivo, para entonces, *Denkmäler altgriechischer Musik* (cf. *Helmantica* 24 [1973] 570-1). Fue Mme. D. Jourdan Hemmerdinger quien lo identificó. Está muy mutilado y apenas algunas notas pueden darse como seguras. Günther lo trata muy brevemente (en el aparato crítico no dice nada de la música) piensa que, quizá, «es un fragmento de una antología de cantos trágicos». También el Papiro de Colonia II 67, que suele datarse en el siglo II a. de C., es interesante. Confirma cuatro conjeturas de filólogos modernos, en contra del texto de L y de P.

En su edición de la *Ifigenia en Aulide* («Les Belles Lettres»), cinco años anterior a la que comentamos, F. Jouan recoge unas cin-

cuenta citas de autores antiguos. Dice que «no es raro que estos *testimonia* ofrezcan un texto superior al de L y P». En la edición de Günther constituyen el primer apartado, muy amplio, del aparato crítico. Este es completísimo y llega a tener hasta cuatro apartados. Al prefacio sigue la bibliografía pertinente y, al final del libro, un «*conspectus metrorum*». Günther advierte, hacia el final de su prefacio, que «quedaría satisfecho si su edición resultara útil para alguien, de modo que otros puedan ir más allá». Su edición es muy útil y será difícil ir más allá.—E. R. Panyagua.

Aristoteles, *Athenaion politeia*, Edidit Mortimer Chambers. *Accedunt tabulae*, Leipzig (*Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana*) 1986, xx + 84 pp. Cuatro láminas. Tela.

De la *Constitución de Atenas* de Aristóteles había muchas referencias antiguas, pero hasta 1879 no aparecieron en papiro los primeros fragmentos, que forman el *Papyrus Berolinensis* Inv. Nr. 5009. Fueron enseguida estudiados con avidez y pronto se averiguó a qué obra pertenecían. Poco después (1890) se descubrió el gran papiro (cuatro rollos) con la *Constitución* casi completa. Apenas pueden nombrarse papiros más importantes. Los rollos fueron a parar a Londres. Es el *Papyrus Londinensis British Library*, 131. En él se han basado, como era forzoso, todas las ediciones de la obra, que han sido muchas y culminan, por hoy, en la que nos ocupa.

Mortimer Charles ha redactado un prefacio de no más de seis páginas, pero que es cabal de principio a fin. Trata, antes que nada, de los primeros fragmentos del gran papiro londinense y de sus primeras ediciones. La parte más importante se refiere a los cuatro rollos y las cuatro manos que los copiaron (es curioso que la labor de cada mano no coincida con cada rollo). Los escribas fueron cuatro. La época de la copia, poco posterior a los años 78-79 de nuestra era. Con mas precisión, hacia el año 100, como casi todos opinan. Habla Chambers muy especialmente del escriba cuarto, porque corrigió y suplió lo omitido por los otros. Los escribas primero y cuarto usan muchas abreviaturas, el tercero pocas, el segundo ninguna. Termina con las cuestiones ortográficas y las correcciones introducidas por Kenyon ya desde su *editio princeps* (1891).

El aparato crítico es muy amplio. Comprende, como era obligado, dos apartados: el de las citas antigua y el de las variantes (con muchas referencias a conjeturas de filólogos). Aunque ha habido muchas ediciones y muy notables (pensemos, no más, en las de Kenyon), la presente pone todo al día.

Entre las ediciones, Chambers recoge la que hizo Antonio Tovar en «Estudios políticos», que es modélica para su tiempo (1948), aunque su aparato crítico sea muy escueto. Tiene los fragmentos de la parte perdida de la obra, si bien en forma distinta a nuestro editor. Y como la edición de éste, lleva índice de nombres y de materias, además de traducción, notas explicativas y una cumplida introducción. Sería muy oportuna una reedición, aumentando el aparato crítico a base del de Chambers. Éste no nombra la edición de la «Bernat Metge», con traducción catalana de J. Farrán i Mayoral. La restante bibliografía de nuestro editor es muy abundante y está clasificada, lo que la hace más cómoda y útil. Un detalle muy interesante (indicado ya en portada) son las cuatro láminas, al final del libro, que muestran fotográficamente cómo escribía cada mano en los cuatro rollos de papiro. Es importante poder manejar ediciones muy cuidadas de la *Constitución de Atenas*. Hemos presentado una que merece toda confianza.—E. R. Panyagua.

Bernhard Zimmermann, *Untersuchungen sur Form und dramatischen Technik der Aristophanischen Komödien. Band 3. Metrische Analysen (Beiträge zur klassischen Philologie, Bd. 178)*, Frankfurt am Main (Athenäum) 1987, 112 pp.

Éste es el tercero y último tomo de los dedicados por Zimmermann a investigar la forma y la técnica de las comedias aristofánicas. El primero (2.^a edición, 1985) no debió llegar a nuestra revista, pero el segundo fue reseñado por la profesora Rosa María Herrera en el vol. 41 (1990) 371-2. Como allí se indicaba, ya el tomo segundo contenía un último capítulo sobre la métrica. El tercer tomo contiene el análisis métrico detallado de todos los pasajes líricos de las comedias de Aristófanes. Se transcriben los textos con los correspondientes signos métricos, cuya lista se da previamente en la p. vii.

Lo mejor que podemos hacer, para comprender las intenciones y la entraña de este tercer tomo es leer la nota previa (p. v): «Siguiendo la amable sugerencia de la Editorial, me he decidido a cerrar las *Investigaciones* con un *libro de trabajo*, en el que se analizarán métricamente todas las partes líricas sobre la base de los resultados obtenidos en los tomos I y II. Me ha parecido que era conveniente, por razones de simple utilidad, analizar siempre estrofa (en su caso, oda) y antistrofa (anti-oda). Sólo en el caso de algunas estrofas cortas, de estructura métrica simple, como, por ejemplo, *Eq.* 9738 ss. y 1111 ss., se imprime únicamente la primera estrofa. En paréntesis se indica cada vez, con el número del verso, donde se habla exhaustivamente en el

tomo I o, respectivamente, en el II. Como base del texto sirve la edición de Coulon. El volumen se cierra con un índice métrico y una lista de las principales libertades de responsión».

El índice métrico es utilísimo, una verdadera métrica en esquema, con los metros por orden alfabético. Las dos últimas páginas se ocupan con los *addenda et corrigenda* al tomo II, como éste llevaba los correspondientes al I. La obra de Zimmermann es ya insustituible para el estudio métrico de las comedias de Aristófanes.—E. R. Panyagua.

Gerhard J. Baudy, *Adonisgärten. Studien zur antiken Samensymbolik (Beiträge zur klassischen Philologie, Heft 176)*, Frankfurt am Main (Verlag Anton Hain) 1986, 130 pp.

Estos estudios se ocupan, según la nota previa del autor, de los «jardines de Adonis» en triple sentido: investigan su función económica, su significado cultural y su utilización como símbolo literario en el *Fedro* de Platón. El orden elegido implica un aumento progresivo del sentido, ya que cada escalón conduce y se completa en el posterior.

Hacer ver esta continuidad es el principal deseo del autor. Hasta ahora la discusión del problema de los «jardines de Adonis» se limitaba al círculo de filólogos y etnólogos interesados en la historia de las religiones, que inquirían el pensamiento religioso, pero no la significación económica. Frente a esa posición, hay que mostrar que el culto de Adonis no se puede entender adecuadamente si no se conoce su trasfondo económico. Tampoco se puede concretar del todo la estructura significativa del *Fedro*, en tanto no se vea cómo jugó Platón con los símbolos religiosos usuales. La reconstrucción histórica correspondiente trasciende de por sí el culto de Adonis: abraza, junto al mito común del cazador muriente, también la simbología de la semilla en la iniciación pederástica.

Por eso, el libro se divide en dos partes. Primera: los «jardines de Adonis». Su significado económico y religioso. Segunda: la acogida de la semilla. Del ritual de iniciación al diálogo filosófico. En la primera, se estudian las teorías modernas, la antigua prueba de la semilla, Sirio como juez de plantas y de hombres, Adonis como cazador muriente y su metamorfosis cultural. En la segunda, en primer lugar, los fenómenos adónicos de la herida en el muslo y la iniciación pederástica. En segundo lugar, la cuestión de la fecundación del alma y los temas de iniciación en el *Fedro* de Platón.

Este último punto me parece el más interesante. Baudy dice (p. 50) que, para terminar, deben redondearse las averiguaciones conseguidas, a través de una interpretación del *Fedro* platónico. En el

ámbito de esta obra, que precisamente menciona por primera vez los «jardines de Adonis», se juega sutilmente con los distintos planos de significación del simbolismo de la semilla y se supone un conocimiento respecto a las relaciones con las fiestas, que eran familiares para un hombre antiguo, pero que, para un lector de hoy, exigen la tarea de una reconstrucción histórica. En la obra de Platón encontramos el simbolismo de los «jardines de Adonis» en combinación con metáforas eróticas y de caza. Esto nos lleva directamente a un pasaje del final del *Fedro* (276 b), donde sembrar semillas en un jardín de Adonis se da como muestra de tarea infructuosa. Es claro que la expresión jardín, o jardines, de Adonis se había hecho proverbial. Un jardín de Adonis sería aquí, aproximadamente, un tiesto que, en verano, hace florecer, y fenecer, rápidamente las semillas. Lo contrario, la tarea del verdadero labrador, es el discurso serio, dialéctico, por el que, en un alma adecuada, se siembran conocimientos eficaces.

Las numerosas notas, 168 para la primera parte y 176 para la segunda, completan eruditamente la sugestiva exposición.—*E. R. Pan-yagua*.

Kurt Ruh, *Die mystische Gotteslehre des Dionysius Areopagita*, München (Verlag der bayerischen Akademie der Wissenschaften) 1987, 64 pp. Rústica.

Tenemos, visto exteriormente, un folleto. Pero vale por un grueso volumen. Todo un modelo de cómo debieran tratarse siempre las cuestiones intrincadas. «Después de mil años de gloria y esplendor, Dionisio Areopagita y sus escritos se han vuelto, con los nuevos tiempos, un enigma, incluso un escándalo para muchos». Así comienza el autor su brevísima introducción, donde la cuestión se plantea con toda claridad. La precisión que va a poner en todo se nota enseguida: «en vez de Pseudo-Dionisio Areopagita, lo correcto sería Dionisio Pseudo-Areopagita». ¿Se trata de un falsario? Qué extraño que, a través de toda la Edad Media, haya tenido un influjo comparable al de san Agustín o san Gregorio Magno. El lector de hoy, en todo caso, puede llamarle admirativamente, como hacía el Cusano, *maximus ille divinatorum scrutator*.

Después de una nota de ediciones, traducciones y abreviaturas, vienen las cuatro grandes cuestiones en que Ruh centra su admirable discusión: I. El autor y la cuestión «dionisiaca». II. El conocimiento de Dios. III. La Teología mística. IV. El «corpus Dionysiacum» en Occidente. La obra es, en su germen, una conferencia presentada ante la Academia bávara de ciencias (6 de febrero de 1987), pero consta, como acabamos de indicar, de cuatro capítulos, cada uno con varios

apartados y con su bibliografía propia. Hubiera sido, pues, conveniente un índice. Aunque más interesante que ese índice de contenido, sería un léxico griego o índice de conceptos. De todos modos, los detalles se encuentran con facilidad, por el orden, la claridad, la concisión y las divisiones con que toda la materia está expuesta. Es un tratado breve, denso, ágil, que se lee con gran placer. Nosotros lo hemos recorrido repetidamente, aunque aquí no podemos entrar en particularidades. Una verdadera joya. Kurt Ruh merece, sin duda, una muy cordial enhorabuena.—E. R. Panyagua.

Strabón, *Geographie*, livre IX. Texte établi et traduit par Raoul Baladie, Paris (Les Belles Lettres) 1996, 298 pp. y 4 mapas.

Esta edición se inscribe en el conjunto de tomos de la *Geografía* de Strabón que han venido apareciendo en esta colección. Descansa sobre la historia del texto puesta a punto por los trabajos de Aly, Sbordone, Diller y F. Lasserre y se apoya en nuevas colaciones o antiguas verificadas, así como en la utilización de manuscritos nuevos, tales como el Vatopedinus 655 y el Palimpsesto del Vaticano. En lo relativo a este último el editor ha podido utilizar la copia diplomática que W. Aly ha publicado en la colección de *Studi e testi*, y también la copia, aún confidencial, que hizo en el mismo momento F. Laserre.

Sabiendo por otra parte que para este libro de la *Geografía* había un interés especial en retomar desde la base el conjunto del trabajo filológico —que nunca se había puesto en su totalidad ante los ojos de los lectores—, ha creído necesario suministrar a éstos un aparato crítico, en la medida de lo posible, exhaustivo, dando cuenta especialmente de la complejidad del principal documento sobre el que descansa este libro de Strabón, es decir, los folios más deteriorados del pergamino griego 1397, manuscrito A de la *Geografía* de Strabón.

Gracias a la ayuda que sus colegas —arqueólogos y geógrafos— especialistas de las diversas regiones implicadas han aportado al autor, esta edición se ha visto beneficiada en el comentario y las notas de las investigaciones más recientes.

El rastreo de los lugares sobre el terreno y en la obra de Strabón ha sido facilitado por mapas acompañados de un léxico detallado de los topónimos con referencias al texto.—R. M.^a Herrera.

Dracontius, *Oeuvres*, tome IV. Texte établie et traduit par V. H. Bouquet et E. Wolff, Paris (Les Belles Lettres) 1996, 235 pp.

Con este volumen se completa la publicación iniciada en 1985 de las Obras de Draconcio, poeta latino que vivía en Cartago en los siglos v y vi bajo la dominación de los vándalos. Comprende dos volúmenes de *Christiana* y dos de *Profana*. Este cuarto tomo está estrechamente vinculado al anterior, donde se encontraba un introducción a la obra profana de Draconcio. El tamaño limitado de los libros es lo que ha obligado a separar las piezas a las que se da tradicionalmente el nombre de *Romulae*.

Este cuarto volumen contiene las piezas VI-X de las *Romulae*, esto es dos epitalamios, interesantes especialmente por los datos biográficos que suministran, una pieza retórica con tema troyano y dos *epyllia*: breves poemas de tema mitológico, en hexámetros dactílicos cuyo tema es a menudo el amor, el *Rapto de Helena y Medea*. A esto se añaden dos pequeñas piezas en el estilo de la *Antología*, el *Origen de las rosas* y los *Meses*, y dos fragmentos.

La edición descansa sobre la estructura de los manuscritos, la consulta directa de todas las ediciones anteriores y el examen de todas las conjeturas adoptadas o propuestas por los críticos. Puede, pues, entenderse como una síntesis abierta, porque para ciertos pasajes se han propuesto correcciones nuevas. La traducción, la primera en una lengua moderna, intenta navegar entre la Caribdis de la literalidad y la Scilla de la infidelidad, algo que es tanto más difícil cuanto que en Draconcio la estructura de las frases es a menudo compleja y el orden de las palabras está tan trastocado que recurre con frecuencia a aposiciones atrevidas y le gustan las palabras abstractas. Las anotaciones se vinculan especialmente a tres campos: la mitología estudiando los alejamientos de Dracontio con relación a las tradiciones más corrientes; la lengua y el estilo, revelando los prerromanismos, las palabras raras, las figuras preferidas de Draconcio, la prosodia y la métrica. Todo el conjunto es seguido por un valioso índice de nombres. Se terminara aquí de descubrir un poeta interesante y atractivo que, si no debe ser comparado con los más grades, merece no obstante mejor suerte que, hasta ahora, la posteridad ha reservado a sus obras.—R. M.^a Herrera.

Plutarque, *Propos de table*, livres VII-IX, texte établie et traduit par Françoise Frazier et Jean Sirinelli, Paris (Les Belles Lettres) 1996, 298 pp.

El primer volumen del tomo IX de las *Obras morales* de Plutarco que contenía los libros I-III de los *Propos de table* y el segundo

con los libros IV-VI fueron publicados en 1972 y 1978, respectivamente. Dado el largo espacio de tiempo transcurrido hasta la aparición de este tercer volumen, F. Frazier ha querido aportar en un epílogo algunos complementos que ha considerado útiles a la introducción de 1972. Presenta esta obra de Plutarco como un cuadro de la vida social bajo el imperio romano. La asociación entre vida cultural y vida social, aunque no es específica de la época de Plutarco, merece ser subrayada. El autor, con saber enciclopédico de Queronea, no es un sabio aislado en su gabinete de trabajo. El marco del banquete que él ha escogido lo marca bien; real o ficticio es un hecho revelador del helenismo de Plutarco; se trata de una herencia intelectual, pero también de un modo de vivir. Visto desde el ángulo social, el banquete aparece dominado por las nociones de amistad y camaradería. El placer social del banquete es inseparable de la satisfacción intelectual que produce. Fortalece la mejor parte del alma y satisface sus inclinaciones filosóficas, excluyendo las discusiones demasiado técnicas, sin convertirse en una lección de filosofía; revela un espíritu curioso y siempre despierto en sus participantes y un verdadero placer de ejercitar juntos su espíritu. A través de éstos se desprende una imagen preciosa de la vida intelectual y social de los espíritus más distinguidos de la época de Plutarco, donde se ve hasta qué punto su campo de intereses era vasto.

La edición y traducción van seguidas de las útiles e interesantes notas complementarias a las que nos tiene acostumbradas esta colección y un índice de nombres propios que abarca los tres volúmenes que constituyen esta obra.—*R. M.^a Herrera.*

S. Vegas González, *Sócrates y el problema del conocimiento. Ensayos sobre el Menón*, Madrid (Universidad de Alcalá), 167 pp.

El autor de este estudio pretende introducirnos en el arduo campo gnoseológico-lingüístico que impregna el dialogo platónico del Menón. La densa materia aquí abordada se divide en seis partes: el conocimiento socrático, incidiendo en la sabia ignorancia que caracterizaba el método mayéutico; la semiótica o interrelaciones lenguaje-filosofía; la prioridad de la definición en el pensamiento socrático, prioridad nuclear del estudio; el método mayéutico, denominado en estas páginas camino de la reminiscencia; una aproximación al pensamiento de Davidson; y el conocimiento como anámnesis. Cada uno de estos capítulos se divide en secuencias, para facilitar su lectura.

El aparato crítico denota la seriedad con la que se aborda el tema. Acotado siempre dentro del marco del intelectualismo ético, Serafín Vegas intenta diferenciar el pensamiento del Sócrates histórico de la

filosofía del Sócrates platonizado. Por otra parte, sus incursiones en la filosofía del lenguaje resultan intuitivas y atrayentes, especialmente la explicitación de la verdad socrática como punto gravitacional del isomorfismo lenguaje-clarificado y realidad. Su comprensión filosófica aborda una continua comparación entre dos sistemas tan distintos y, al mismo tiempo, tan concomitantes como el kantismo y la fenomenología. Además, el mismo autor reconoce una notable influencia del pensamiento de G. Vlastos, filósofo bastante desconocido en nuestro país.

Por lo que atañe a la presentación, proliferan textos del diálogo platónico, resaltados con una entrada interior que nos permite cotejar las intuiciones del autor con lo manifestado por el filósofo griego. De estilo sencillo y pedagógico, adolece de falta de delicadeza en la presentación. Ésta es sobria, de mancha grande y espaciosa, pero de irregular tipografía y gramática incorrecta.—*E. Gómez.*

LATÍN

A. Gaos Schmidt, *Cicerón y la elocuencia*, México (Universidad Nacional Autónoma) 1993, 273 pp.

Son muchas las vías por las que un estudioso puede acercarse a la obra de Cicerón. Una de ellas, quizá la más característica para abordar a este genio latino, sea la elocuencia. Mas este estudio no puede enmarcarse simplemente en una profundización en el arte de la oratoria del orador por excelencia. Amparo Gaos ha sabido conjugar la lingüística con el sustrato filosófico que encierra el hablar bien, especialmente ese sustrato platónico, propio de un académico romano. Sustrato que sitúa como suprema meta de la vida el bien. En aquella época en la que los retóricos habían caído en descrédito por la carencia de buenas artes, por la incapacidad de distinguir lo importante de lo secundario y por la osadía y atrevimiento que los caracterizaba, la obra de Cicerón destaca cómo para considerarse uno elocuente ha de cultivar la filosofía, es decir, indagar la naturaleza para descubrir lo óptimo (interrelación física-ética) y, en un segundo lugar, manifestar el orden de dicha naturaleza (lógica). Aquí radica la potencia mortal de la elocuencia y, al mismo tiempo, su fuerza conciliadora.

Ahora bien, el presente ensayo despliega un sugerente estudio sobre lo que pudiera denominarse filosofía lingüística del orador. Sólo con mirar el índice aprehenderemos lo que queremos decir. El primer

capítulo, al que llamamos introductorio —ya que este estudio, por muy paradójico que parezca, carece de una introducción orientativa para el lector—, desentraña brevemente la influencia y valoración de los recursos ciceronianos a lo largo de la historia. Mayor atención merecen los capítulos segundo y tercero. Con aquél bucea en el racional mundo del pensador latino. En efecto, para Cicerón, el hombre se caracteriza por su racionalidad, como ya dijeran los autores griegos. De la racionalidad carecen todos los demás seres, igual que el hombre se diferencia de los dioses por su condición mortal. De esta manera, del buceamiento en la importancia de la razón para Cicerón, desde su vertiente antropológico-filosófica, Amparo Gaos conecta con el sentido de la elocuencia para el mismo autor, ya que aquélla, la razón, se convierte en el principio, fundamento y timón de ésta. El tercer capítulo, mucho más extenso, se divide en tres subapartados. Antes de dar paso a ellos, Gaos desentraña la naturaleza y el poderío de la razón, la necesidad de examinar el ánimo humano, los preceptos fundamentales de la salud, la memoria como tesoro de las cosas, la docilidad como facultad de aprender, la perfectibilidad del ser humano, los dos alimentos que potencian la razón (uno natural, la inclinación a conocer; otro artificial, el estudio y la doctrina)... En definitiva, Gaos recorre una serie de presupuestos necesarios para que la razón funcione perfectamente y de ella derive la verdadera elocuencia. Como curiosidad, sólo recojo dos que, en cierta medida, pueden resultarnos conocidos: *mens sana in corpore sano* y la necesidad de educar al hombre para que obre *secundum naturam*. Sólo así puede accederse a la hominicultura o forma acabada de la filosofía. Una vez expuestos los presupuestos, trata los tres subapartados ya indicados: *La razón, fuente de la política ciceroniana*, incluido en el contexto de la filosofía platónica, donde distingue los rasgos que diferencian al hombre de los animales, dividiéndolos en primarios y secundarios, bifurcándose éstos a su vez en ser político y ser filósofo; *La razón, fuente de la elocuencia ciceroniana*, donde desentraña las artes de la oratoria, estableciendo la comparación analógica rétor-orador, místico-poeta; y *La razón, fuente de la obra ciceroniana*.

Como ya adelantara, la obra carece de una introducción, está compuesta por afirmaciones tajantes, escrita elocuentemente, en consonancia con el tema que trata, trae a colación innumerables citas latinas, tanto de Cicerón como de otros autores, así como griegas, a fin de corroborar lo que asevera en el estudio y a fin de comparar las diversas versiones que por aquel tiempo se tenían acerca de los distintos temas tratados.—E. Gómez.

Giovanni Gasparotto, *Cariddi e Scila, da Sallustio a Isidoro di Siviglia: realtà e mito*, Verona (Librería Universitaria Editrice) 1988, 120 pp.

G. Gasparotto en el prólogo afirma que nunca un fenómeno meteorológico ha sido tan recurrido por los poetas latinos como las corrientes que se originan en el estrecho de Messina. Fuertes corrientes, torbellinos, remolinos, tempestades, según dichos escritores, producidas por los huracanados vientos entre la península Itálica y la isla de Sicilia, fenómeno que dio lugar, ya en la antigüedad clásica, a la creación mitológica de dos grandes monstruos: Escila y Caribdis. Ambos monstruos son objeto de pánico para todo navegante a la hora de atravesar el estrecho, incluso para el mítico Eneas, según se deduce de los versos de Virgilio en su *Eneida*.

Nuestro autor hace un recorrido literario desde Salustio a Isidoro de Sevilla, pasando por Cicerón, Lucrecio, Catulo, Horacio, Virgilio, Livio, Séneca, Lucano, Marcial, etc. Escritores que, bien desde el campo mitológico, o bien desde la realidad física, hacen alusión a él en sus obras, así Salustio explica el aspecto geológico de fenómeno, por el contrario Cicerón compara la perversidad de los dos monstruos marinos con la deshonestidad y egoísmo de los políticos romanos, que en su época tantos conflictos provocaron en Roma; Horacio, en su referencia a Caribdis le da un significado gnómico, para indicar las dificultades de la relación amorosa; Virgilio se atiene puramente al mito y hace una descripción de los dos monstruos, especialmente de Escila, y previene a su héroe, Eneas, de que se mantenga lejos de ellos; para nuestro Marcial, Escila es el símbolo de la brutalidad salvaje; el autor cristiano, Prudencio, recurre a la metáfora del mito para representar al Anticristo, devorador de los pueblos. Finalmente san Isidoro en sus *Etimologías*, se atiene a citas de autores precedentes, Homero, Salustio, Virgilio y Livio para explicar el fenómeno y dar consistencia al mito.

La obra en sí resulta interesante y su autor consigue mantener la atención del lector. Gasparotto completa su trabajo con un índice de autores citados a lo largo del texto; índice de nombres propios y un tercer índice de lugares que aparecen citados.—*R. Delicado*.

Valerio Ugenti, *Alla Madre degli dei*, di Giuliano Imperatore (Gancedo Editori) 1992, p. 176.

Valerio Ugenti hace un estudio crítico de la obra de Juliano el Apóstata, en el que trata de reflejar y resaltar la verdadera realidad

del ánimo del Apóstata. Un ánimo sincero e inmerso en un gran fervor religioso que le llevó a sentirse elegido por el padre de los dioses, Zeus, para rebatir con todas sus fuerzas la «peste del cristianismo», desde su punto de vista filosófico y cultural.

Juliano concibe su obra, comenta V. Ugenti, en las grandes fiestas anuales en honor de Atis y Cibeles, con motivo de su investidura como *Pontifex Maximus*. En ella explica a los fieles qué representa el dios Atis, qué representa la diosa Cibeles, la madre de los dioses, y el significado de la ceremonia religiosa, basada en el culto frigio. El dios frigio Atis, dice Ugenti en su Introducción, viene descrito por el emperador Juliano como el dios intelectual que desciende hasta los límites extremos de la materia; Cibeles, la madre de los dioses, como la divinidad inteligible que genera a los dioses intelectuales, regulando su actividad creadora.

El trabajo de V. Ugenti viene avalado por un extenso y profundo comentario a nivel morfológico, fonético, histórico y estilístico-literario. Aporta también un índice de autores citados, INDEX LOCORUM, desde Homero a san Pablo, pasando por Aristóteles, Tucídides, T. Livio y otros tantos, así como un INDEX VERBORUM en griego. La bibliografía es completa y extensa, resultando un trabajo laborioso y muy completo.—*R. Delicado*.

Chassignet, M. (ed.), *L'annalistique romaine. Tome I: Les annales des pontifes et l'annalistique ancienne (fragments)*, Texte établie et traduit par..., Paris (Les Belles Lettres) 1996, CXXXV + 112 pp.

Para un gran número de autores antiguos los *Annales* se diferenciaban de las *Historiae* esencialmente por el hecho de que los anales se volvían hacia el pasado, mientras que la historia constituía una serie de acontecimientos vividos asociados a la experiencia. Definen los anales como una crónica que abarca un gran número de años y siguiendo el encadenamiento de los hechos opuestos a las historias como un género especializado en la época contemporánea. Además los anales serían un simple diario de acontecimientos, mientras que la historia busca las causas e intenta sacar consecuencias.

Partiendo de estos datos básicos, M. Chassignet, en una larga e interesante introducción, pasa revista a todos los problemas que plantea el apasionante tema de los Anales. En el caso de los *Anales* de los pontífices, su existencia está asegurada, su contenido y forma exactas se nos escapan debido al pequeño número de testimonios y fragmentos que han llegado hasta nosotros. Analiza en primer lugar su cronología, las teorías de los modernos, y aporta su propia concepción.

Un apartado importante lo constituyen las fuentes, que divide en diferentes apartados: las propiamente romanas, la experiencia personal, la historiografía local y las griegas. El uso de estas últimas no parece explicar suficientemente el fenómeno de que Fabio Pictor, Cincio Alimento primero y Postumio Albino y Acilio más tarde eligieran la lengua griega para escribir sus obras. La elección de una lengua extranjera se justifica por el contexto histórico: necesidad polémica, voluntad de propaganda, el hecho de que el griego como lengua de difusión internacional por los historiadores de otras naciones, la influencia de la historiografía griega y la falta de desarrollo de la lengua latina para hacer posibles obras comparables a la prosa griega, son algunas de las diferentes razones propuestas.

A continuación analiza la vida y la obra de los cuatro autores que aparecen en este primer tomo: Fabio Pictor, Cincio Alimento, Postumio Albino y Acilio. Completa esta introducción con la historia del texto, junto con la enumeración de las principales ediciones de los fragmentos conservados y una revisión de las fuentes en las que se han recogido estos fragmentos: Dionisio de Halicarnaso, Plinio, Ligrio, Aulo Gelio, Cicerón, a los que incorpora además un cuadro de apariciones muy útil. Las notas complementarias y los índices de testimonios y de nombres así como las concordancias, como es habitual en esta colección, contribuyen a presentarnos un valioso instrumento de trabajo.—*R. M.^a Herrera.*

Cicerón, *Correspondence*, Tome XI. Texte établie, traduit et annoté par Jean Beaujeu, Paris (Les Belles Lettres) 1996, 378 pp.

Esta edición se inscribe en el conjunto de tomos de la *Correspondencia* de Cicerón que han venido apareciendo en esta colección. Agrupadas en cuatro bloques, cada uno con sus noticias correspondientes, incluye en el primero las cartas escritas desde el 27 de abril al 31 de mayo del año 43, es decir, desde el día siguiente a la batalla de Módena a la defección de Lépido; un segundo coincide con la ascensión de Octavio, del 1 de junio al 29 de julio del mismo año; en el tercero se recogen las cartas-apócrifas atribuidas a M. Bruto; en el cuarto las cartas con fecha incierta. A éstas se ha añadido un apéndice con los fragmentos conservados de la correspondencia de Cicerón con Octavio entre los meses de noviembre del año 44 a septiembre del 43.

Además de las habituales notas complementarias para cada una de estas partes, los cuadros de concordancias para este tomo y el índice de cartas, este volumen incluye un cuadro de la distribución de las cartas en los tomos I-XI, las concordancias de todos los tomos así

como el índice de nombres aparecidos en todos ellos; instrumentos muy necesarios, valiosos y útiles que facilitan la rápida localización de una carta dirigida a un determinado personaje y en un momento concreto y contribuyen, por tanto, al ágil manejo de esta edición.—
R. M.^a Herrera.

Paschoud, F. (ed.) *Histoire Auguste. Vies d'Aurélien et de Tacite*. Texte établi traduit et commenté par..., Paris (Les Belles Lettres) 1996, LXI + 345 pp.

En este nuevo volumen de la *Histoire Auguste* F. Paschoud ha creído conveniente incorporar una nueva introducción general, que justifica por las innumerables publicaciones aparecidas desde hace un siglo sobre este tema y la complejidad de la cuestión, que nadie puede dominar por completo en todos sus aspectos. Se ha visto obligado por la elección de Jean Pierre Callu, a su juicio muy personal, a fijar su postura con relación a éste.

Introduce el estado de la cuestión intentando ofrecer al lector los medios para orientarse por sí mismo si desea más información, señalando como el más reciente el estudio de A. Chastagnol que, según él, tiene el mérito de poner en evidencia hasta qué punto solidaridades nacionales y fidelidades de alumno-maestro han falseado el debate introduciendo criterios poco científicos. En diálogo con otras perspectivas, especialmente la de Callu, analiza brevemente el autor y la fecha, la génesis de la obra, las fuentes, historia del texto, manuscritos utilizados, el texto y el aparato crítico. Finalmente ofrece sus criterios en cuanto a la traducción enfrentado a lo que él llama «tres trampas»: los términos que designan objetos cuya realidad física es difícil captar, el vocabulario de las instituciones y el estilo del autor. Ante el dilema de respetar las audacias del original o banalizar y recurrir a la explicación ha preferido por esta última opción en favor de la legibilidad. Introduce una novedad: para salvar la dificultad que supone, a su juicio, el formato de esta colección con las notas complementarias al final, siempre que el espacio se lo ha permitido aparecen a pie de página con cifras árabes observaciones puntuales relativas al establecimiento del texto o al léxico. El comentario de texto se encuentra reagrupado al fin del volumen con la referencia del capítulo y el parágrafo correspondientes.

Tras esta introducción general aparecen las vidas de Aureliano y Tácito precedidas por un prefacio y seguidas por el comentario correspondiente, las notas complementarias, en esta ocasión muy breves, y los índices de la introducción general, prefacio, vidas, notas a pie de

página y comentario, así como el índice de nombres propios. Todas estas innovaciones contribuyen a dar un carácter particular a este volumen dentro de esta colección.—*R. M.^a Herrera.*

Sénèque, Hercule Furieux, Les troyennes, les Phéniciennes, Médée, Phèdre. Texte établi et traduit par François-Régis Chaumartin, Paris (Les Belles Lettres) 1996, xviii + 253 pp.

Ya ha pasado el momento en que se consideraban las tragedias de Séneca como «imitaciones torpes de piezas griegas muy inferiores en calidad, productos de un gusto corrompido por una práctica intempestiva de la declamación, ejemplos típicos de una literatura decadente que busca la novedad, por haber perdido la capacidad propia del clasicismo de expresar con vigor y simplicidad la verdad esencial de los seres». Hoy la abundancia de trabajos sobre este teatro teniendo en cuenta la influencia que han ejercido sobre el teatro de los siglos XVI y XVII. Un importante resultado de este trabajo es ver en Séneca, con un grado de certeza bastante considerable, al autor de las siete tragedias que se han conservado completas. También contra todos los que han intentado demostrar que estas obras han sido escritas para lecturas públicas y no para el teatro, parece que las tragedias se adaptan perfectamente a la escena y reciben una calurosa acogida por parte del público; aunque estas tragedias hayan estado destinadas a lecturas públicas han sido concebidas como verdaderas piezas de teatro, con la intención de producir con medios de expresión diferentes efectos tan fuertes como los de las piezas griegas. La cuestión fundamental de la intención de Séneca al escribir sus tragedias es también estudiada con las diferentes posturas a veces contrapuestas, que viene a indicar que la mejor vía es admitir la pluralidad de lecturas que no se excluyen mutuamente, que dan testimonio de la inagotable fecundidad de la obra.

En una sucinta introducción general F. R. Chaumartin registra los estudios en los que se ha apoyado para esta edición, los manuscritos, ediciones, las críticas del texto y una bibliografía general selectiva. Asimismo cada tragedia va precedida de una breve introducción y una bibliografía selectiva. Se echan de menos los comentarios y notas complementarias a los que nos tiene acostumbrados esta colección.—*R. M.^a Herrera.*

VARIA

- A. Esteban Recio, *Las ciudades castellanas en tiempos de Enrique IV: Estructura social y conflictos*, Valladolid (Universidad) 1985, 92 pp.

Breve estudio, pero arriesgado, resulta ser esta memoria de licenciatura. Breve, porque apenas son 76 páginas de texto, sin cribar los cuadros comprensivos. Arriesgado, por las fuentes empleadas y por la problematicidad del período abordado. En efecto, por lo que atañe a la bibliografía, hay que destacar la falta de monografías sobre este período, la escasa seriedad crítica de la existente y la parcialidad y minuciosidad de las fuentes narrativas de la época, en las que Asunción Esteban Rico sitúa su punto de arranque. De las fuentes merecen destacarse las crónicas de los reyes, tanto de Enrique IV (tres utilizadas) como de los RR.CC. (una). Por lo referente a la época, cabe destacar una serie de problemas —la anarquía imperante durante la segunda mitad del xv; la expansión de la nobleza rural, queriendo adueñarse de la economía urbana y entrando en conflicto con los caballeros adinerados de las mismas (no nos extraña por ello que los RR.CC., en su afán de centralizar el poder en la monarquía, impongan en las ciudades los corregidores, representantes de los mismos reyes); el enfrentamiento de intereses entre las propias ciudades; la problemática de los conversos...— que convierten este período en verdaderas arenas movedizas.

El propósito de esta memoria ha sido justamente inmiscuirse en todo este vaivén social, desarrollando las estructuras sociales y sus conflictos. Un estudio que arrojará luz, sin duda alguna, para una comprensión más acertada de la revuelta de las comunidades. El afán pedagógico queda reflejado en la misma estructuración de los capítulos (*La sociedad urbana y sus conflictos: estado de la cuestión; Estructura social de las ciudades del reino de Castilla a finales de la E. M.; Los conflictos sociales en la Castilla en tiempos de Enrique IV*), en la claridad de su lenguaje y exposición y en el cuadro sinóptico incluido al finalizar la exposición.—E. Gómez.

- H. McCall, *Mitos mesopotámicos*, Madrid (Akal) 1994, 80 pp.

Nos hallamos ante una publicación divulgativa. Su estilo sencillo, expositivo y pedagógico, unido al aparato gráfico (mapas, dibujos y cuadros sinópticos), así lo demuestran. Se trata de un acercamiento

somero, pero al mismo tiempo integrador e integrante, a los mitos mesopotámicos que tanta influencia han manifestado en nuestra cultura occidental, especialmente por medio del judaísmo y del cristianismo. Por ello puede decirse que este sencillo manual bien sirve para fundamentar los primeros contactos con la Biblia y su entorno cultural.

Nuestro estudio, guardando la estructura interna de cada uno de los poemas, estableciendo sus puntos de contacto en los momentos precisos, nos acerca a la Epopeya de Gilgamesh, Atrahasis, la Epopeya de Erra, de Erana, de Adapa, de Anzu... En definitiva, una aproximación a la fenomenología e historia de la religión mesopotámica. Para ello, nada mejor que una serie de excursus orientados a explicar el panteón, el encuadre geográfico y social, y las costumbres del allí y de su tiempo (capítulo 3), así como una valiosa incursión en la tradición literaria, delimitando las formas literarias empleadas, sus imágenes y sus recursos (capítulo 2b). Otro aspecto imprescindible viene dado por la crítica textual de dichos poemas: los materiales que los albergan, la catalogación de las tablillas, los lugares en los que éstas se encontraron, así como las lagunas heredadas, atreviéndose la autora a plantear hipótesis basadas en la coherencia narrativa de los escritos (capítulo 2a). Y como un mensaje necesita de un autor y un receptor, nuestra especialista realiza sus estudios acerca de los mismos.

Todo ello precedido por un capítulo proemio, cual es la historia de sus descubrimientos y el desciframiento de las tablillas: desde Della Valle hasta Delitzsch, quien aseguraría que la Biblia no era el libro más antiguo del mundo, a la luz de estos descubrimientos, pasando por Rawlinson y G. Smith, quien establece los paralelismos entre la Epopeya de Gilgamesh y el relato de la creación mesopotámica con el relato bíblico del diluvio. Todo un mundo.—E. Gómez.

O. Cattedra, *El maestro Gaudapada y la tradición de la advaita vedanta*, Buenos Aires (Hastinapura) 1994, 206 pp.

Hoy en día occidente está recibiendo un influjo quizá excesivo del pensamiento hindú y budista. El presente estudio resulta complicado y enrevesado, no por una deficiente estructura, sino por la dificultad del tema en sí, aún bastante desconocido. Además, quiere ser una profundización en la filosofía de Gaudapada, filosofía notablemente distinta a la heredada de nuestros antepasados grecorromanos. De esta manera, los grandes temas de nuestro pensamiento (teodicea, antropología, cosmología y gnoseología) hallan su correlativo en el desarrollo del absoluto, la realización espiritual en las Kárica y la interrelación budismo-Kárica, así como la doctrina de la magia, ambigua, dado el

carácter polisémico del vocablo (capítulos 8-10); en el desarrollo del en sí mismo, con la explicación de los diversos términos (turya, pajaa; vishva, taijasa) —capítulo 3—; y la estructuración del macrocosmos en tres mundos (tribhurama hindú): el mundo de la conciencia cósmica, el mundo de la manifestación sutil y el mundo de la manifestación casual (tema 5). A ellos se les une la relación macrocosmos-microcosmos, detallando sus analogías y simbolismos (tema 4). Otros temas secundarios, en cuanto a la estructuración, no en cuanto a su contenido, son los de las escuelas, surgidas de las diferentes concepciones de la causalidad; la autenticidad y autoría del texto al que nos enfrentamos, y la cronología y el ambiente filosófico en el que nos movemos. Son, por consiguiente, temas más introductorios y contextuales.

Lo más valioso de este riguroso estudio, como lo demuestra el extenso aparato crítico del mismo, situado al final de cada capítulo, es el apéndice, la versión sánscrita y su traducción al castellano sobre el que anteriormente se ha apoyado el estudio realizado: *Mandukyakarika* o las kárica del maestro Gaudapada. Esta traducción, realizada por la autora del estudio, reproduce los breves pensamientos del pensador indio, dividiéndolos según la estructura del original: en forma pareada. Todo se cierra con una bibliografía y un sencillo índice general.—
E. Gómez.

E. Falque Rey (ed.), *Historia compostelana*, Madrid (Akal) 1994, 648 pp.

Ediciones Akal difunde entre el público de lengua castellana un clásico de la literatura de viajes del medievo, continuando así el afán divulgativo de esta índole que ha caracterizado la colección *Clásicos latinos medievales*. En esta ocasión se trata de la famosa *Historia compostelana*. La presente edición crítica está avalada por el conocimiento que de esta época y del latín medieval tiene su traductora Emma Falque Rey, quien, ya en 1988, publicó la primera edición crítica de la *Historia compostelana* en el *Corpus Christianorum. Continuatio Medievalis LXX*. De esta manera, el amante de la historiografía medieval, circunscrita a la Península Ibérica, encuentra satisfecha una necesidad suscitada ya en los foros de culto. En las notas críticas de la traducción, la autora trae a colación continuamente otra traducción anterior, y primera, llevada a cabo por M. Suárez y J. Campelo (*Historia compostelana, o sea, Hechos de D. Diego Gelmírez, primer arzobispo de Santiago*), publicada en Santiago el año de 1950 y ya agotada. De ahí que Emma Falque reconozca que ella, simplemente, toma el relevo de la obra citada anteriormente.

El siguiente libro está estructurado en tres grandes apartados. El primero comprende una sintética y clarividente introducción de cincuenta páginas, en las que la investigadora razona acerca de los autores, la obra, los manuscritos y su exégesis, así como la historia del texto. Aunque separada de la introducción, pero incluida en estos prolegómenos, Emma añade una bibliografía fundamental y, al mismo tiempo, especializada sobre este relato. La segunda parte, base y grueso de la obra, viene dada por la traducción de la *Historia compostelana*, con un exhaustivo aparato crítico, en el que se comentan tradiciones, se aclaran acontecimientos o personajes históricos insinuados en el texto, se explica la dinámica interna de la obra, en ocasiones no explícita y confusa, o, simplemente, se lleva a cabo una crítica textual contrastando los diversos manuscritos y las autoridades que los avalan. La última parte del libro está dedicada a un extenso índice onomástico y quizá lo más curioso, pero no por ello descabellado al tratarse de una historia de viajes, un índice local. Todo ello cerrado con un minucioso índice general.—E. Gómez.

R. Altamira, *Reposo*, Alicante (Instituto de Cultura Juan Gil-Albert) 1992, 304 pp.

Nuestro siglo decimonónico presenta una estructura político-social inestable. La situación internacional llega a España con cierto retraso, y sus conclusiones adquieren un carácter más abrupto. Los revuelcos entre absolutismo y liberalismo repercuten en la vida social y en la creación literaria. De esta manera, nuestra literatura comparte los cánones de diversas corrientes y generaciones, desde el romanticismo hasta el realismo, con sus correspondientes ramificaciones y temáticas. *Reposo* (1902) es una cata en la confrontación finisecular española. De corte no tanto realista o naturalista, como la obra valenciana de Blasco Ibáñez, sino más bien de índole costumbrista y reflejo del campo hermano alicantino, *Reposo* choca con las tesis de ruptura y de cambio propuestas por el regeneracionismo de Gavinet y la Generación del 98. No olvidamos que nos hallamos en la etapa de infancia de dicho autor, donde se atisban las características de lo que será su etapa de madurez, pero en la que aún adolece de falta de asimilación.

Su argumento es sencillo y, en cierto sentido, simplista. El protagonista, Juan de Uceda, es un joven hiperactivista, debido a su situación como administrativo en el Madrid de la época, un Madrid burocratizado. Afectado por neurastasia, es decir, exceso de trabajo, considera terapéutico marchar de la capital al pueblo de Villamar,

donde residía su tío Vicente, en busca de reposo. Aquí se sumerge en un mundo problemático y necesitado de soluciones. En torno a la venta del agua, todas las demás deficiencias del campo levantino van sucediéndose de la mano del médico-cacique don Vicente. Es así como Juan percibe el rostro pobre de Villamar y sus alrededores, encubierto por el ambiente bullicioso que en un principio lo había distraído y entusiasmado. Su repulsa contra la injusticia y su afianzamiento como líder de la revolución chocarán con el carácter somnífero de su tío y los recuerdos de un amor frustrado. Con todas estas vivencias, regresa a Madrid, donde todo se evapora.

Escrita con sencillez y corrección, esta novela se compone de breves secuencias, en las que dominan las técnicas del retrato de personajes y la descripción de lugares y costumbres, todo ello con una pincelada muy suelta. Lo agrícola y lo marinero se aúnan en una síntesis excepcional que tilda de localismo dicha narración. Su visión de los movimientos sociales, marxismos, socialismos y cooperativismos, resulta un tanto paupérrima, sin ninguna alusión al anarquismo, mucho más influyente en la sociedad española y en los ambientes agrícolas. La problemática del 98 subyace en algunos apartados de la misma, pero evita siempre identificarse con ella. La introducción, completa, profunda y bien estructurada, es un aporte valioso a la obra y persona de Altamira, bastante olvidado en el ámbito literario. El aparato crítico se completa con la recopilación de notas al final de la novela, informando acerca de costumbres de la época, haciendo ver el sustrato biográfico de la narración, incidiendo en el habla de la zona, indicando bibliografía para completar algunos aspectos...—E. Gómez.

P. Riquelme Oliva, *Iglesia y liberalismo. Los franciscanos en el Reino de Murcia (1768-1840)*, Murcia (Espigas) 1993, 601 pp.

Como bien describe Manuel Revuelta, «este libro ilumina muchas de estas zonas intermedias, que la historiografía apasionada de unos y otros no ha sabido o no ha querido ver». Las zonas intermedias referidas atañen a la acción de la Iglesia durante la crisis del Antiguo Régimen y la trayectoria de las Órdenes religiosas durante esta época. Las posturas mencionadas, ni que decir tiene, son las pro-ecclesiásticas y las anticlericales. En efecto, Pedro Riquelme Oliva se sumerge en el proceso de secularización que inundó los últimos momentos del Antiguo Régimen y, siguiendo los pasos de los franciscanos en el Reino de Murcia, pretende deshacer tópicos que han llegado hasta nuestros días. Este libro de fuentes, sólo hace falta ojear sus abundantes notas para percatarse de ello, descubre la acción de la Iglesia en estos

momentos tan delicados en su misma historia y en la de España y la renovación de las Órdenes religiosas, expuestas a la amputación tanto de miembros como de bienes. Su pretensión no resulta, en absoluto, menos ambiciosa: evitar los simplismos interpretativos acerca de la Iglesia como víctima de la renovación ilustrada. Para ello incide en los intentos de reforma que las mismas Órdenes albergaban antes de que irrumpiera la reforma liberal. Tacho esta pretensión de ambiciosa por la sencilla razón de topar con el momento álgido de una teología regalista sumamente ambigua: ante ella, unos se desmandaban, otros se purificaban; unos se oponían, otros la aceptaban.

La cala elegida por el autor resulta bien precisa. Una orden, la franciscana; una región, Murcia; una época, 1768-1840. Para su estudio, Riquelme distribuye el material en cuatro apartados. En el primero desarrolla la situación del franciscanismo murciano (miembros, ubicación de los conventos, actividades que absorbían su tiempo, etc.), así como dos intentos reformadores: uno interno (Ginés Navarro) y otro externo, propio del reformismo vivido durante aquellos años. El resto de las secciones las dedica a la comprensión del proceso de exclaustación, sirviéndose de hitos convencionales (Guerra de la Independencia, sexenio absolutista, trienio constitucional, década ominosa y revolución liberal-regencia), a fin de situar mejor al lector en el contexto. En cada uno de estos bloques sigue un esquema prefijado: comienza con el corchete exterior (marco político-religioso en general), para adentrarse en Murcia y concluir con la incidencia de estos vaivenes en la Orden franciscana. Es lo que Manuel Revuelta califica «efecto lupa».

Como complemento histórico-gráfico a esta organización de las fuentes, Riquelme ofrece numerosos cuadros sinópticos, de materia variable. Además, un cumplido apéndice documental sigue a las breves conclusiones, así como relaciones de conventos y de frailes. Las últimas páginas de este voluminoso estudio la completan las fuentes y la bibliografía, un pequeñísimo apartado de mapas e ilustraciones y un útil índice analítico. La presentación resulta correcta, nada tacaña y con los elementos necesarios para evitar cualquier confusionismo.—*E. Gómez.*

F. y J. A. Sánchez Martín, *Humanismo y milicia*, Madrid (Ediciones Clásicas) 1992, 200 pp.

El mérito de este compendio de artículos se basa en la interrelación establecida entre dos áreas tan distintas como el pensamiento humanista y el arte militar o el arte de la guerra. Esta miscelánea, por

consiguiente, ofrece el fruto del diálogo entre las fuerzas armadas y la universidad, ambas en pro de la sociedad. Desde esta intencionalidad común, tanto catedráticos como instructores y altos mandos de la Armada española abren una panorámica histórica y actual de la problemática social de nuestro periplo temporal. La temática es variada: el militar y la democracia, el militar y las letras, diversas versiones históricas del militar (la Roma clásica, la Grecia clásica, los RR.CC.), la estrategia (en Roma y en la Segunda Guerra Mundial), retos presentes (servicio militar, defensa, investigación científica y atracción militar).

Dicha yuxtaposición de ponencias presenta una deficiencia metodológica, referente especialmente al aparato crítico: la recopilación final ha prescindido de una uniformidad en este sentido. Así, junto a documentos sin ningún tipo de referencia, cierto es que en ocasiones simplemente se expone una vivencia o un parecer personal, otros adoptan la postura del manual y otra sección presenta un exigente aparato crítico. Al mismo tiempo, la diversidad lingüística resulta patente: el estilo más sencillo, accesible e incluso llano o vulgar se conjuga con un argot nada despreciable.—*E. Gómez.*

W. Huss, *Los cartagineses*, Madrid (Cátedra) 1993, 431 pp.

La editorial Cátedra elabora una colección de manuales con el fin de facilitar el conocimiento de los diversos eventos históricos a todos aquellos que deseen conocerlos. En el caso que nos compete, Huss ha escrito este amplio manual, llevando a cabo un estudio pedagógico, basado en la claridad expositiva, en aportes gráficos, como mapas, y capítulos breves y bien estructurados. Este empeño divulgativo no excluye un estricto sentido crítico, contraponiendo distintas hipótesis y apostando razonadamente por una de las propuestas. Al mismo tiempo, posee un carácter intuitivo que abre nuevos horizontes a la investigación histórica.

Es digno de tenerse en cuenta que la extensión del temario presentado, treinta y nueve capítulos, le permite explicitar los grandes aspectos cartagineses ya sabidos por todos, como su ascendencia fenicia, las guerras púnicas, su imperialismo y los generales más notables que hicieron posible su expansión político-militar, junto a otros más desconocidos, pero no por ello menos interesantes. Así, el descubrimiento del ámbito mercantil y expedicionario en busca de nuevas rutas comerciales delimita el afán imperialista, otorgándole un cariz económico, estructural y administrativo a veces olvidado. Del mismo modo penetra en otros ámbitos como la literatura, el arte, la religión y la urbanización, aún poco estudiadas y casi sin desmenuzar.

En su dimensión crítica, sigue los cánones de todo manual: una extensa bibliografía, dividida conforme a los diversos capítulos, al final de la exposición. Si puede achacársele que no explicita las descripciones que los autores clásicos y coetáneos dan de los acontecimientos. Las citas de Virgilio, Catón, Cicerón, Tito Livio, Tácito o Salustio, entre otros, son resaltadas por su diferencia tipográfica, pero permanecen mancas al desconocerse su fuente. El índice resulta clarificador y milimétrico, dada su extensión.—*E. Gómez.*

Winfried Weyand, *Schriftenverzeichnis Joseph Höffner, 1933-1983* (herausgegeben von der Erzbischöflichen Diözesan- und Dombibliothek Köln), Köln 1986, xvi + 428 pp.

No se trata de un libro muy propio de nuestra revista, pero sí de un libro interesante. Quizá, para muchos, monótono, como todo repertorio bibliográfico. Pero de veras llamativo y atrayente. Hemos pasado muchas horas escrutándolo con afán. Es un catálogo, completísimo, de los escritos del cardenal Joseph Höffner, de 1933 a 1983. Le fue ofrecido con motivo de sus ochenta años (1986), junto a otros libros.

Como arzobispo de Colonia, el cardenal Höffner tuvo que predicar muchas veces, dirigir otras alocuciones, escribir cartas pastorales, tratar cuestiones de actualidad. Estaba muy acostumbrado de antes a pronunciar conferencias y escribir artículos y libros. Aquí se recogen todas sus intervenciones, muchas de ellas editadas de varios modos, desde que comenzó a escribir. No se precipitó. El primer artículo es de 1933, cuando tenía veintisiete años. En los treinta y primeros cuarenta le ocuparon sobre todo sus tres tesis doctorales. La tercera (1941) fue de Derecho y teoría del Estado. Estos estudios le llevaron a ocuparse intensamente de Sociología cristiana, en muy diversos aspectos. Empiezan las traducciones. Las castellanas sobresalen. Incluso publicó personalmente algún artículo en español.

Se habían hecho ya varias bibliografías de Joseph Höffner: 1954, 1966, 1971, 1974. La cuarta comprende 572 títulos. Como en la quinta, que ahora reseñamos, los títulos son 2.029, quiere decir que los últimos diez años, 1973-1983, como arzobispo de Colonia, fueron de una actividad portentosa. Entran a formar esta quinta bibliografía toda clase de escritos y todas las intervenciones habladas que pasaron a la imprenta o a la multicopia. La ordenación de todo es cronológica, naturalmente. Pero también, dentro de cada año, los escritos están clasificados en siete apartados, que comprenden desde las monografías y predicaciones hasta los discos y cintas magnetofónicas. Los temas son

prodigiosamente variados. Fatigosa debió ser la tarea de reunir y catalogar tal cúmulo de fichas.

Hay cuatro índices: de títulos, de traducciones, de fuentes, de personas. Libro utilísimo para conocer la gran personalidad del cardenal Höffner y la ingente labor pastoral que le hizo ser un verdadero testigo de nuestro tiempo. Su figura no ha perdido grandeza. Su inmensa bibliografía debería hallarse en todas las bibliotecas, especialmente en las eclesiásticas.—*E. R. Panyagua.*